

que si se contaran, parecieran increíbles, y sólo el fervoroso espíritu de este santo varón pudo vencerlos.

Llegado á sus habitaciones, lo primero que hizo fué aprender su lengua con tanta perfección que, ayudándole la divina gracia, en poco tiempo se hizo señor de ella, y predicó y enseñó la fe santa de Cristo, adonde jamás se había predicado ni oído, y levantó cruces y formó iglesias y dijo Misa, cosa tan nueva para ellos, que no acababan de admirarse los gentiles. Pero al fin, aunque tan bárbaros, con paciencia y esperanza, con oración y penitencia, venció su perfidia, y de infieles los convirtió en fieles, de brutos en hombres racionales, y, no habiendo un solo cristiano cuando entró en aquella tierra, en cuatro años que la cultivó, bautizó más de siete mil, y catequizó á otros muchos, y dió á todos noticia del Evangelio.

Navegando con próspero viento en su predicación y con grandes esperanzas de colmadísimo fruto, se turbó todo, y le forzaron á dejar su empresa los herejes holandeses, los cuales por el interés de la pesca, tuvieron guerra con los franceses, y los vencieron, y echaron de la tierra, y con ellos al P. Juan de Brebeuf que, llorando su destierro y la pérdida de los hijos que había reengendrado en Cristo, volvió á Francia el año de mil y seiscientos y treinta y uno.

Si fué grande el dolor del Padre en dejar sus hijos, no fué menor el de los hijos por dejarlos huérfanos y destituidos de todo bien espiritual; porque como era tan afable y manso, y los trataba con tanto cariño, le habían cobrado mucho amor, y al paso que le amaban, sintieron perderle, porque estas dos balanzas andan siempre iguales, el amor y el dolor de perder la cosa amada.

El buen Padre no cesaba de orar á Dios y ofrecerle sacrificios y penitencias por aquellas nuevas plantas, que comenzaban á nacer en la viña del Señor, el cual oyó sus gemidos y recibió sus lágrimas, y dentro de un año dió victoria á los franceses contra los holandeses, y se volvió á entablar su comercio en aquella tierra de Canadá que, como dije, intitulan Nueva Francia.

Volvió el Padre á sus hurones con igual gozo suyo y de ellos, y continuó su predicación y conversiones, no sólo en aquel país adonde había comenzado, sino en otros comarcas, haciendo en todos grande fruto y convirtiendo á la fe muchos gentiles.

Desde esta segunda venida comenzó nuestro Señor á prevenirle con nuevas visitaciones para su martirio, porque se le apareció varias veces con las insignias de su pasión, una con la cruz áuestas, otra atado á la columna, otra coronado de espinas y otra enclavado en la cruz, como convidándole á ella, y todas estas visitas le dejaban el corazón encendido en deseos de imitar y seguir á Cristo en sus tormentos, y encendían en su alma un vivo deseo del martirio.

Estando de parte de noche en profunda contemplación, oyó que le dijeron: *Toma, lee*; tomó el libro de la imitación de Cristo, vulgarmente llamado *Contemptus mundi*, el cual tenía junto á sí; abriólo y leyó: «Este es camino real de la santa cruz, negarse á sí mismo y morir por Cristo,» de que entendió que ya se labraba la cruz de su martirio que siempre deseó, y á que se ofreció de todo corazón al Señor.

Otro día estando en oración, le apareció la beatísima Virgen María nuestra Señora, atravesado el corazón con tres espadas, como la suelen pintar en la Pasión ó Soledad de Cristo, y le dió á entender que aquellas espadas habían de traspasar su corazón con acerbísimos tormentos, y que por ellos había de pasar al descanso, como la misma Virgen y su santísimo Hijo pasaron, y todos los que los siguieron, que ninguno fué sino por la cruz al cielo.

Y declarándose más el Señor con él, le mostró una cruz muy grande hacia la tierra de los hurones, y vió juntamente sus vestidos matizados de sangre y también los de sus compañeros, consortes en su predicación y trabajos. Y acabada la oración, desapareció la cruz, pero no la sangre de los vestidos, la cual perseveró mucho tiempo en ellos con admiración de todos, discurriendo variamente sobre aquel prodigio nunca visto entre los de la Compañía; pero Dios le dió á entender que significaba la sangre, que habían de derramar todos, y la cruz que habían de padecer por su amor en la tierra de los hurones, hacia adonde la había visto.

Con este aviso se fueron preparando todos para el martirio, que padecieron de aquellos bárbaros idólatras, que con tan atroces y exquisitos tormentos les quitaron las vidas, con que ganaron la eterna, como se verá luego.

El bendito P. Juan Brebeuf, como caudillo de los demás, los animaba y esforzaba con palabras y ejemplo, mostrando el deseo con que vivía de gozar la corona del martirio dando la vida por Cristo, y juntamente visitaba sus ovejas y no cesaba de doctrinar y esforzar las nuevas plantas de los cristianos, para que no descaeciesen en la calamidad que esperaban.

Entre otras penalidades que pasaba con sus compañeros en aquella misión, era una la de la casa en que moraban, si merece este nombre una mala choza pajiza, formada entre árboles silvestres, sin cama ni mesa, ni silla más que un tronco de árbol en que sentarse, ni otra alhaja más que su breviario, el recado de decir Misa, su rosario y dos libros espirituales en que leer. Esta pobreza pasaban con alegría, en memoria de la que tuvo Cristo; y la comida y bebida, era á este mismo paso, sin probar de pan ni de vino en tierra tan fría, ni otro regalo más del pescado que les daban de limosna y algunas frutas silvestres de la tierra.

Y queriéndole Dios regalar en premio de esta pobreza que pasaba por su

amor, le mostró un día en la oración un palacio admirable el más rico, hermoso y suntuoso que se podía imaginar. La materia era exquisita y la labor mucho más; y tal, que sola la mano del Soberano Artífice, que hizo los cielos y la tierra, le pudiera fabricar. Mirábase y remirábase, y cada vez le parecía mejor y le causaba nueva admiración, la cual creció más en su alma, viéndole sin morador, y deseando saber para quién era, le respondió el Señor hablándole al corazón, que «para los que en esta vida dejaban de voluntad las cosas ricas y acomodadas, y pasaban con pobreza en las humildes y penosas por su amor,» y luego desapareció la visión, y dijo á sus compañeros lo que Dios le había mostrado, para animarlos á llevar con gusto y alegría la pobreza que pasaban en aquella tierra yerma por el amor de Dios y el bien de aquellas almas á quien predicaban, esperando de la divina mano un premio tan crecido y un tan grande galardón.

Veinte y un años, los mejores de su vida, gastó el siervo de Dios en cultivar aquella nueva cristiandad, rompiendo la inculta tierra de la infidelidad, que no llevaba, cuando vino, sino cardos y espinas de idolatría, carnalidades y vicios; y con infatigable trabajo la trocó en deleitoso paraíso de flores, de virtudes y frutos de santas obras y de buenas costumbres.

Pero el comun enemigo, que siempre vela para sembrar la cizaña en medio del trigo, cuando la semilla del Evangelio iba en más aumento en aquella tierra, sembró cizaña de discordias entre los naturales y los franceses, y levantó tal fuego de enemistades entre ellos, que tomaron las armas con rabiosa furia, no sólo contra ellos, sino contra todos los que habían recibido el bautismo, teniéndolos por aliados de los franceses y por enemigos suyos. Y como eran bárbaros y gentiles, criados en tanta libertad de carnalidades y vicios, cobraron un odio mortal á la ley de Cristo, y á todos los Predicadores que la enseñaban, y les quitaban sus brutales costumbres; y, como estos eran los de la Compañía, armáronse contra ellos, y cuando estaban más seguros ejercitando sus santos ministerios, dieron de repente en sus habitaciones, cercáronlos y prendiéronlos, hiriéndolos y afrentándolos, y haciéndolos malos tratamientos.

El bendito P. Juan de Brebeuf estaba con otro Padre compañero, natural de París, que se llamaba Gabriel Lallemant, en la reducción de S. Ignacio, que había fundado con este nombre hácia los hurones, de los cuales fueron presos y baldonados por Predicadores de Cristo; diéronles muchos palos y tantas heridas, que apenas quedó parte sana en todos sus cuerpos. De esta manera los metieron en la cárcel, llorando los cristianos que habían bautizado, á quienes también prendieron porque adoraban á Cristo y no á sus ídolos; y les dieron tales tormentos, que muchos de ellos flaquearon, como tier-

nas plantas de cortas raíces, que no tienen fuerzas para resistir los vientos.

No cesaban los Padres en la cárcel de animar á los cristianos con sus palabras y ejemplo, de lo cual indignados los gentiles, les cortaron los labios y les quebraron las bocas con piedras, y, viendo que no callaban, les abrasaron las lenguas con teas ardiendo. Vista, pues, su constancia, convocaron la gente, y, á vista de cristianos y gentiles, los sacaron con afrenta á la usanza de su tierra al lugar del suplicio, á donde tenían dos palos ó columnas y mucha leña y fuego en lugar eminente.

Cuando los mártires llegaron, se abrazaron con ellas y las besaron con ternura, esperando por su medio subir á las moradas del cielo. Atáronlos á las columnas, y al P. Juan, como á caudillo de todos, le cortaron las manos, y al P. Gabriel le metieron punzones y cañas entre las uñas y los dedos; abrasáronles los costados y los riñones con hachas encendidas, y luego les colgaron á los cuellos láminas encendidas en cadenas de hierro hechas ascuas, que les caían sobre el pecho. Y porque no hubiese parte que no padeciese particular tormento, hicieron unos cintos de pez y resina, y encendidos en fuego los ciñeron con ellos, y con navajas y cuchillos les cortaron pedazos de carne de los brazos y los muslos, y á medio asar se los comieron en su presencia.

El P. Juan Brebeuf estaba inmóvil y callando con los hombres y hablando con Dios en medio de estos tormentos; el P. Gabriel levantó los ojos al cielo, pidiendo favor á Dios para sí y su compañero, de que indignados los bárbaros, añadiendo tormentos á tormentos, le sacaron los ojos porque no mirase al cielo, y le pusieron en las cuencas ascuas encendidas en lugar de ellos.

A esta sazón el santo mártir su compañero, rompió el silencio y comenzó á alabar á Dios y á exhortar á los cristianos, que estaban presentes, á sufrir con paciencia los trabajos de esta vida breves y fáciles, para conseguir los gozos de la otra inmensos y eternos. Al oír esto, los tiranos le cortaron las narices y le taparon la boca y parte del rostro con un ceñidor ó mal lienzo, y tomando calderos de agua ardiendo, se la echaron á los dos por las cabezas y los cuerpos, diciéndoles por escarnio que recibiesen aquel bautismo, sin el cual no podían ir al cielo, y otros oprobios y baldones en desprecio de nuestra fe. De pies á cabeza estaban todos llagados, y, para aumentar sus tormentos, los quemaron las heridas con hierros ardiendo, y al P. Gabriel le taladraron el oído con un punzón agudo, penetrándole los sesos.

A esta sazón llegó un bárbaro tirano, que tenía grande ojeriza con el Padre Juan, y por escarnio del Sacerdocio le abrió la corona alrededor con una navaja, y luego le arrancó toda la piel de la cabeza y le bebió la sangre que corría de ella. Y no contento con esto, le abrió el pecho, y con crueldad

inaudita, le sacó el corazón y se le comió á vista del santo mártir, que dió fin á esta miserable vida para volar á la eterna.

Su martirio fué á diez y seis de marzo de mil y seiscientos y cuarenta y nueve. El P. Juan se adelantó un día á su santo compañero, porque remató su corona el día dicho, y el P. Gabriel el siguiente, á diez y siete de marzo.

Sus cuerpos quedaron en los palos, y despues de tres días fueron recogidos de los cristianos y sepultados con más lágrimas que aparato en la forma que pudieron.

Sus almas están reinando en el cielo, y sus cuerpos las acompañarán despues en la gloria, de que gozarán eternamente como compañeros y consortes de sus tormentos.

Y porque á ninguno que leyere esta historia, le quede deseo de saber quién fué el P. Gabriel Lallemant, sepa que, como dijimos, nació en París de padres nobilísimos; entró en la Compañía de diez y seis años, el año de mil y seiscientos y veinte y seis, á veinte y cuatro de marzo; estudió Artes y Teología con mucho aprovechamiento y buen nombre de estudiante; leyó ocho años letras humanas y Filosofía, fué de pequeño cuerpo y corta salud, pero de mucho ánimo y más virtud, porque fué ejemplarísimo y fervorosisimo religioso, y toda su vida ansioso de pasar á predicar á los infieles. Lo cual alcanzó con muchas lágrimas, oraciones, penitencias y ruegos á los Superiores, y partió á la antigua Canadá y Nueva Francia el año de mil y seiscientos y treinta y uno en compañía del santo Mártir P. Juan de Brebeuf, y trabajó gloriosamente en aquella inculta tierra, predicando, bautizando y trayendo muchas almas á Dios á costa de inmensos trabajos padecidos por su amor, los cuales coronó con tan ilustre martirio, ofreciendo gustosamente la vida por la gloria del Señor: su memoria será gloriosa en la tierra y mucho más en el cielo, á donde reinará eternamente por todos los siglos de los siglos. Amen.

Refiere su vida y martirio el P. Juan Nadaso en su *Martirologio*, y más copiosamente el P. Felipe Alegambe al fin del suyo, á donde trae los testimonios auténticos de todo lo referido.

P. ANDRADE.

## P. ANTONIO DANIEL

UNO de los varones apostólicos, que movidos del Espíritu Santo y del celo de la salvacion de las almas, pasaron el año de 1633, de Francia á la antigua Canadá, ahora intitulada la Nueva Francia, fué el P. Antonio Daniel, varon verdaderamente apostólico y digno de eterna memoria por su santidad, por su celo, por la caridad que tuvo para con todos, por su invencible paciencia y sus infatigables trabajos en la conversion de los infieles y por el valor con que ofreció su vida en sacrificio por la gloria de Dios y la predicacion de su Evangelio.

Nació este siervo de Dios en la ciudad de Diepa, tan célebre por sus minas de preciosos mármoles y finísimos jaspes, y más célebre por haber dado al mundo esta preciosa piedra, labrada con su inocente sangre, para honrar y enriquecer el edificio de la Iglesia militante y triunfante.

Nació el año de 1599, de padres nobles por su sangre y mucho más nobles por la que derramó su santo hijo en servicio de Cristo. Criaronle, como católicos, en toda virtud y santidad, y su natural era tan generoso y blando, que recibia fácilmente el pulimento espiritual y la labor de sus manos.

Estudió latinidad y virtud igualmente, aprovechando en ambas facultades con ejemplo de todos; y cuando llegó á los veinte y un años, le llamó Dios á la religion, adonde fué recibido el de 1620, con igual gozo suyo y de los nuestros, que le amaban por sus buenas prendas y tenian fundadas esperanzas de que habia de honrar la Compañía con sus buenos talentos y lucidos trabajos.

El que en el siglo vivió con edificacion, en la religion vivió siempre como santo, humilde, obediente, pobre, contemplativo, penitente y observante de sus reglas; en todo era un ejemplo y dechado de un perfecto religioso, y de tales costumbres y modestia, que decian los Superiores que no parecia su virtud adquirida, sino natural y tan innata, que habia nacido con ella desde el vientre de su madre.

En acabando los estudios, se ordenó de Sacerdote y se entregó á los ministerios de los prójimos con ardentísima sed de ganar sus almas. Ofrecióse en este tiempo la mision de la Nueva Francia, que pocos años ántes se habia descubierto y poblado primero por los ingleses y holandeses, y despues por los de Francia; y oyendo la muchedumbre de naciones gentiles y bárbaras que habitaban en aquella tierra sepultadas en las sombras de la muerte, en-